



NAMGAY DOOLA

ESTE era un Rey que vivía en el camino del Tibet, muchas millas tierra adentro en los montes del Himalaya.

Su reino estaba á once mil pies sobre el nivel del mar y tenía de superficie unas cuatro millas cuadradas, la mayor parte de las cuales se contaban en línea recta á causa de la naturaleza del país.

Su presupuesto de ingresos no llegaba á diez mil pesetas y con él mantenía un elefante y un ejército permanente de cinco hombres.

El Rey era tributario del gobierno de la India, que le concedía algunas cantidades para entretenimiento y reparaciones de una sección del camino del Tibet.

Además, aumentaba los ingresos vendiendo madera á las compañías de ferrocarriles. Cortaba los cedros en los bosques, los arrojaba con terrible estrépito en el río Sutej, y corriendo río abajo unas trescientas millas, llegaban á las llanuras, donde eran al fin convertidos en traviesas.

De vez en cuando, este Rey, cuyo nombre no hace al caso, montaba en un caballo pío y recorría muchas veintenas de millas para llegar á Simla á fin de conferenciar con el Teniente gobernador sobre negocios de Estado ó asegurar al Virrey que la Emperatriz-Reina podía contar siempre con la espada de tan poderoso Monarca.

En estas visitas, el Virrey hacía que los tambores redoblaran, y el caballo pío, la caballería del Estado (dos hombres cubiertos de andrajos) y el heraldo, que con la vara de plata iba siempre delante del Rey, regresaban trotando á su tierra, situada entre las estribaciones de una montaña, cuyas cimas, siempre cubiertas de nieve, parece que intentan escalar el cielo, y los linderos de una sombría selva de abedules.

Cuando el destino me llevó á cruzar los

estados de aquel Monarca (que contaba sus ascendientes desde mil doscientos años de fecha y tenía un elefante auténtico), lo único que esperaba de él era que me concediese permiso para vivir.

La noche había cerrado; las nubes, rodando en el espacio y lanzando la lluvia, empañaban las luces de las aldehuelas tendidas en el valle.

A cuarenta millas de distancia, por encima de las nieblas y de las tormentas, alzaba sus blancos hombros Donga Pa—la montaña del consejo de los dioses—sobre cuyas cimas se apoya la estrella de la tarde.

Los monos gritaban tristemente dirigiéndose los unos á los otros, mientras saltaban buscando las raíces secas de los helechos, y el último soplo del viento crepuscular traía en sus alas el perfume húmedo de la leña quemada en las ocultas aldeas; el olor del pan caliente, y los efluvios embalsamados de los matorrales y de los pinos.

Aquel perfume era el embriagador aliento del Himalaya, que cuando penetra en la sangre de un hombre, hace que éste lo olvide todo y vuelva á las montañas para morir en ellas.

Las nubes se disiparon y el aroma se desvaneció: solamente permanecía inmóvil la niebla blanca y fría tendida sobre el lecho del río Sulej.

Un carnero bien cebado, que no sentía la necesidad de morir, balaba tristemente á la puerta de mi tienda, luchando con el Primer Ministro y con el Director general de Instrucción pública. Era el pobre carnero un presente que el Rey me hacía para mi y para los criados de mi campo.

Dí las gracias en la forma debida y pregunté si podría obtener una audiencia de Su Majestad.

El Primer Ministro se puso y arregló el turbante, que se le había caído durante la lucha con el carnero, y me aseguró que el Rey tendría una verdadera complacencia en recibirme.

En vista de esto, le mandé dos botellas como heraldos, y cuando el carnero hubo sufrido una nueva encarnación, subí á través de la humedad al palacio del Monarca.

Este había mandado su ejército para que me escoltara, pero el ejército se quedó hablando con mi cocinera.

¡Los soldados son iguales en todas partes!

El palacio era de barro y madera, estaba blanqueado y constaba de cuatro habitaciones. La casa más hermosa que hubiera podido encontrarse en las montañas después de andar viajando todo un día.

El Rey apareció vestido con blusa de terciopelo color de púrpura, pantalón de muselina blanca y rico turbante de color azafranado.

Me concedió la audiencia en una pequeña habitación alfombrada que daba al corral de palacio; corral en donde vivía el elefante del Estado.

El gran paquidermo estaba enmantado y fajado desde el tronco á la cola, y la curva de su lomo se destacaba cortando la línea del cielo.

El Primer Ministro y el Director de Instrucción pública asistían á la recepción; el resto de la corte había sido despedido por miedo á que mis botellas corrompiesen su moral!

Al inclinarme, el Rey me arrojó al cuello una pesada guirnalda de aromáticas flores, y me preguntó cómo tenía la dicha de encontrarse mi honorabilísima persona. Contesté que después de haber visto su benévola acti-

tud, las nieblas de la noche se habían trocado en rayos de sol, y que gracias al carnero, que me había sentado muy bien, las buenas acciones de tan egregio príncipe serían recordadas por los dioses.

A esto repuso que desde que mi magnífico pie se había posado en su reino, era más que probable que la cosecha del maíz aumentase sus rendimientos en un setenta por ciento, replicándole yo que su fama había llegado á los cuatro extremos del mundo, y las naciones rechinaban los dientes cuando oían hablar de las glorias de su reino (el del Rey); de la sabiduría de su Primer Ministro, parecido á la luna llena, y de la de su Director de Instrucción pública, cuyos ojos se semejaban al loto.

Cruzados estos cumplimientos, nos sentamos sobre blancos y limpios cojines, ocupando yo la derecha de Su Majestad.

Tres minutos después, me estaba contando que la cosecha del maíz era un tanto escasa, y que las compañías de ferrocarriles no le pagaban debidamente la madera.

La conversación se deslizó entre viajes y más viajes á las botellas.

Discutimos muchas cosas muy originales,

y el Rey llegó á hacerse comunicativo al hablar de los negocios de Estado.

En lo que más se detuvo fué en las omisiones de uno de sus vasallos, el cual, por lo que pude comprender, había tenido en jaque al Poder ejecutivo.

—En otros tiempos — dijo — podría haber enviado al elefante para que le pateara hasta matarle. Ahora tendría que ir el animal sesenta millas más allá de las montañas á ensayarse; su manutención, durante todo ese tiempo, correría á cargo del Estado, y el elefante come bárbaramente.

—¿Cuáles son los crímenes de ese hombre, *Sahib Rajah?* — pregunté.

—Ante todo, debo decir que es un extranjero y no un hombre de mi raza; un extranjero que desde el momento en que mi munificencia le dió tierra — lo que hizo apenas él llegó aquí, — rehusa pagarme el tributo. ¿No soy yo señor de todo, arriba y abajo? ¿No tengo, por ley y costumbre, derecho á la octava parte de la cosecha? Pues bien; ese condenado, desde que se estableció en mi reino, se niega á pagar la contribución, y... tiene una endiablada patulea de chiquillos.

—Métalo V. M. en la cárcel.

—*Sahib*—me contestó, agitándose un poco en el cojín—sólo una vez, una sola, durante cuarenta años, he estado enfermo, hasta el punto de no poder salir de casa, y en aquella ocasión hice voto á mis dioses de que jamás volvería á privar de la luz del sol ni del aire de la libertad á nadie: entonces comprendí la naturaleza del castigo. ¿Cómo rompo mi juramento? Si sólo se tratara de podarle una mano ó un pie, no dejaría de hacerlo; pero ni esto es posible desde que Inglaterra ejerce aquí su soberanía. Cualquiera de mis vasallos — el Rey miró oblicuamente al Director de Instrucción pública — escribiría inmediatamente una carta al Virrey, y acaso me viera privado del redoble de tambores.

Dicho esto, destornilló la boquilla de plata de su larga pipa, puso una sencilla de ambar y me dió la pipa.

—No contento—siguió diciendo—con negarse á pagar la contribución, se niega también á la prestación vecinal; es decir, á trabajar en los caminos, y excita á mi pueblo á que cometa igual acto de traición. Y eso que cuando quiere es muy hábil para pescar madera,

No hay entre todos mis vasallos uno ni más diestro ni más atrevido que él para quitar del río un peñasco, abriendo así el camino á los troncos gruesos.

—Pero adora á dioses extranjeros—dijo el Primer Ministro respetuosamente.

—Eso no me importa—repuso el Rey, que era tan tolerante como Akbar (1) en lo relativo á creencias.—Para cada hombre su dios y el fuego de la madre tierra para todos. La rebeldía es lo que me ofende.

—El Rey tiene un ejército—me atreví á indicar—¿por qué no ha quemado la casa de ese hombre, dejándole á él en cueros y expuesto al rocío de la noche?

—¡Ah! Una casa... es... una casa y ampara la vida del dueño. Una vez, cansado de sus excusas, mandé al ejército contra él: á tres les abrió la cabeza á garrotazos y los otros dos huyeron. Además, los fusiles no disparaban.

Había visto el armamento de la infantería, que se dividía en tres clases: primera, una vie-

(1) Emperador mongol cuya tumba, levantada cerca de Agra ó Akbarabad, es uno de los más hermosos monumentos de la India.—(N. del T.)

ja escopeta de caza de las que se cargan por la boca, y que en vez de chimenea tenía unos agujeros desportillados y llenos de orín; segunda, un fusil de chispas, atado con cuerdas, y con un sacatrapos de madera podrida; y tercera, un cañón pedrero de á cuatro, sin piedra.

—Hay que tener presente—añadió el Monarca alargando la mano á una de las botellas—que es muy inteligente para pescar madera y tiene una cara muy agradable. ¿Qué debía hacer con él, *Sahib*?

La cosa era interesante. Las tímidas gentes de las montañas no niegan ni las rentas á sus reyes ni las ofrendas á sus dioses. El rebelde debía ser un hombre de carácter.

—Si S. M. me lo permite—dije—no levantaré mis tiendas hasta dentro de tres días, y antes veré á ese hombre. La bondad de los reyes es como la de Dios, y la rebelión es algo así como el pecado de hechicería. Además, las dos botellas y otra más están ya vacías...

—Tienes permiso para ir.

A la mañana siguiente, un pregonero fué por el reino anunciando que había un árbol grueso atravesado en el río y era preciso que todos los vasallos leales acudieran á quitarle.

El pueblo corrió desde las aldehuelas hacia el valle húmedo y abrasador donde estaban los campos de adormideras, y el Rey y yo también bajamos.

Centenares de troncos de cedros, ya preparados, se habían amontonado en el saliente de una roca, y de minuto en minuto nuevos troncos descendían por el río para aumentar el montón. El agua gruñía, saltaba furiosa, se arremolinaba sobre la madera, y las gentes del Estado metían las puntas de largas perchas entre ella, con la esperanza de facilitarle la marcha, cuando se oyó el grito de «¡Nangay Doola! ¡Nangay Doola!» y un labriego alto, de cabellos rojos, llegó corriendo, desnudándose á la vez que corría.

—Ese es—dijo el Rey.—¡Ese es el rebelde! Ahora verás deshecho el remanso.

—¿Y qué cabellera roja es esa!—pregunté asombrado, porque el pelo rojo es en las montañas tan raro como el azul y el verde.

—Es un extranjero—replicó el Monarca.—¡Oh, bien hecho! ¡Bien hecho!

Nangay Doola había trepado sobre la roca y estaba rasgando activamente el extremo de un tronco con una especie de bichero muy

fuerte. El cedro se deslizó lentamente río abajo como se deslizan los caimanes y otros tres ó cuatro le siguieron.

El agua verdosa brotó por los huecos abiertos, y entonces los aldeanos gritaron, aplaudieron, se lanzaron entre los maderos amontonados, y, separándoles violentamente, les empujaron con energía, destacándose como jefe entre toda aquella gente, Namgay Doola.

Los troncos se agitaron, chocaron furiosos unos con otros y gruñeron, mientras nuevas remesas, bajando desde la parte alta del río, golpeaban el remanso, ya debilitado.

Este dejó por fin franco el camino entre humaredas de espuma, violentas y rápidas sacudidas, balanceo tremendo de cabezas negras y horrible confusión, porque el río lo empujaba todo rudamente delante de sí.

Ví bajar la cabellera roja con los últimos restos del remanso roquero y desaparecer entre los grandes troncos que rodaban con la corriente. Junto á la orilla se alzó, respirando como un delfín, y Namgay Doola, quitándose el agua de los ojos, hizo una reverencia delante del Rey.

Tuve tiempo de examinar al hombre de

cerca. El rojo encendido de su espantable cabeza y de su barba producía verdadero asombro, y entre los pelos espesos y sobre dos mejillas prominentes, relampagueaban unos ojos azules muy agradables.

Era, con efecto, un extranjero; pero por el lenguaje, por el aspecto y por el traje, un tibetano que hablaba el dialecto de Lepcha con una admirable dulzura en las guturales.

—¿De dónde eres?—pregunté admirado.

—Del Tibet.—Y señalando hacia las montañas hizo un signo que me conmovió. Le alargué la mano y la estreché.

Ningún tibetano neto hubiera podido comprender la significación de aquel signo.

Namgay Doola se marchó á buscar su ropa, y cuando trepaba en demanda de la aldea oí un grito gozoso que parecía extravagantemente familiar: era su grito de guerra.

—Comprenderás ahora—me dijo el Rey—por qué no le he matado. Es un valiente entre mis troncos, pero...—y sacudiendo su cabeza como un maestro de escuela, añadió: —Estoy seguro de que dentro de poco habrá quejas contra él en mi corte. Volvamos á palacio á administrar justicia.